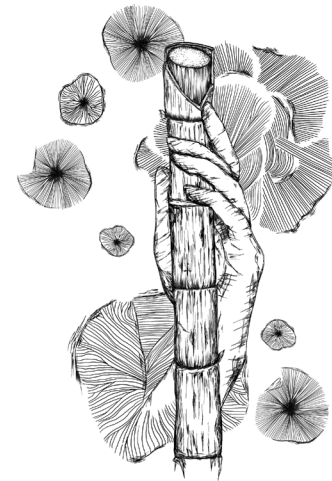


Caña niña, caña



Laia Alba Ceballos

Como el ratón de la serpiente o el carpintero del guatín, escapo a través de la maleza tupida de un cañaduzal. Siento látigos en mis muslos, fustas en mis brazos, porras en el pecho y en mis dedos miles de agujas, al abrirme paso entre las ramas secas y puntiagudas.

Huyo de Federico Palacios, el dueño del cultivo por el que paso cada mañana para cruzar el río y llegar al pequeño colegio en el que curso sexto grado.

“Bonita, ven bonita, te vas a lastimar”. Su voz posesiva me piropea y apunta para palpar mi pañoleta, me persigue, el pánico me penetra, huelo su pestilente sudor, me persigue. Sus pasos prietos y presurosos levantan una polvareda, me persigue, pisotea la plantación, me persigue, prolonga sus brazos para pellizcar mi falda, me persigue. Se me empantana la vista, parpadeo y mi corazón palpita, palpita, palpita. Él me persigue y yo persisto, aunque mis pies estén pesados, como si caminara en un pantano. Me persigue, se aproxima, como gallo de pelea pega picotazos, me persigue, me paraliza, un pelotón de rayos del sol ardientes me perfora hasta las venas, me persigue.

El picante sol es combustible para el fuego que lleva alimentando en las noches con destilado de caña. Yo, ya vencida por el cansancio siento su respiración en mi nuca. La proximidad de su cuerpo chamusca los pequeños vellos erizados de mi brazo.

Resbalo, mi mejilla toca la tierra húmeda y respiro un aire fresco que huele a caramelo tostado. La tierra me refresca el corazón que estuvo a punto de quemarse. Acerco mi cuerpo a ese manto suave y negro como noche de cielo despejado, un murmullo de raíces me arrulla y no veo más salida. Hundo mi cuerpo en el suelo, lejos de Federico Palacios, caigo tierra abajo

Donde:

Se va, todo se va,

por el agujero de tierra

que arropa mi cuerpo,

se va mi cara, mi mirada,

mis gestos

gota

a

gota

me evaporo en lágrimas.

Se van mis manos,

se va mi voz,

se va mi aliento,

se va todo.
Solo queda niebla
de sueño profundo

Al despertar me siento tiesa, mi pecho está duro y una pesada quietud me recorre de arriba a abajo, escucho el palpitir de mi corazón en algún lugar lejano, su rumor va desapareciendo y poco a poco el mundo se queda mudo.

No una planta rastrera
Una
raiz
un tallo clavado en la tierra
No
una
rama
enclenque
si no lanza que apunta al celeste
entrenudo
macizo y
nudo espeso
Ahora
soy
caña
Niña
caña
en un pequeño cultivo a las orillas del río

Hay un silencio cortante, es oscuro el panorama, tengo una baba insípida atorada, no puedo tragar, no puedo gritar, no puedo llorar, todo se atasca o se bifurca hasta perderse en lugares que desconozco, pero que son míos.

Aparece un arcoíris lila, rojo y blanco, un prisma de resplandores despierta el verde-hoja, el verde-rama, el verde-tallo, un rojo manso me dan energía, “sol”, pienso, mientras siento un cosquilleo, recibiendo un nuevo día.

El bienestar pasa rápidamente, el rojo cala, me quema en su ardor. Ya no me gusta este sol, antes solía acurrucarme frente a la ventana y sentir los rayos hasta que el picor me hacía levantar. Siento ese picor, pero no puedo levantarme y mis raíces están secas. Huelo a lo lejos la sal y el agua, pero no las alcanzo.

Por mis ramas pasa el recuerdo del agua fría de la ducha de mi amiga Clara, la fuente de tres chorros a la entrada del colegio, los paseos de río junto a mi madre, ay, mi madre. Quiero llorar y no lloro, pero el silencio me asecha y a pesar de tanto calor... el frío de la soledad se me pega.

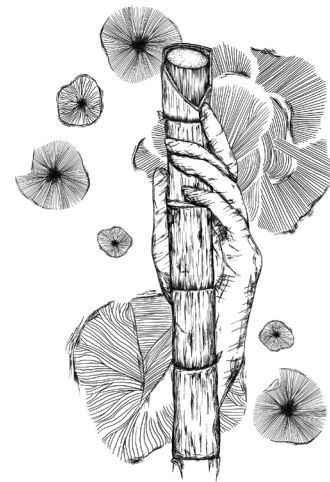
De repente huelo algo podrido, húmedo y nauseabundo que se acerca a mis raíces. Un hongo se mueve por la tierra que me rodea y siento que se estira para alcanzarme, como las manos sudorosas de Federico Palacios. Esta vez no hay salida, el hongo se acerca, a punto de tocarme, el corrientazo de asco me prepara para pudrirme por dentro. Entonces el hongo se detiene y un delicioso olor salino llega a mi tallo, “¿puedo?”, se

traduce en mi mente ese delicado olor y me siento escuchada por primera vez en este “cuerpo”. Mis raíces comienzan a bailar en una conversación de olores tostados, dulces, terrosos, salinos y frescos. El hongo baila conmigo, gira, me enrolla y me abraza, sube por mi tallo agua fresca, minerales salados. De repente oigo el murmullo que producen mis hermanas cañas. Ellas también bailan con las esporas y los hongos. Fluye por sus raíces un festín salado y los hongos, que son como niños, felices, reciben el azúcar que mandan nuestros tallos.

No sé cuánto ha durado la danza, pero sí sé qué la ha terminado. Las pisadas de Federico reverberan por el cañaduzal, junto con las de los jornaleros que dejan a su paso un olor químico. Mis raíces lo buscan, torturadas, tanteando el suelo con angustia aún humana, pero no queda rastro del hongo, ese químico lo ha matado y el murmullo de mis hermanas ha

cesado. Solo queda mi sombra silenciosa y desolada, un tallo que anhela arder sin dejar fantasma.

Sugar Cane Girl



Laia Alba Ceballos

Translation by Tabitha Maser-Clarke

Like a mouse from a snake or a woodpecker from an agouti, I escape through the dense undergrowth of a sugar cane plantation. I feel whips on my thighs, lashes on my arms, blows to my chest and thousands of needles in my fingers as I make my way through the dry, sharp branches.

I am running away from Federico Palacios, the owner of the crops that I go through every morning to cross the river and get to the small school where I am in the sixth grade.

'Come here, pretty girl, you're going to hurt yourself.' His possessive voice perfidiously calls out to me, and his prying palms reach out to get a purchase on my scarf, he pursues me, panic pervades me, I smell his pestilent sweat, he pursues me. His precipitous, persistent pace stirs up a cloud of dust, he pursues me, pounding through the plantation, he pursues me, prolonging his arms to pinch my skirt, he pursues me. My vision blurs I blink and my heart pounds, pounds, pounds. He pursues me and I persist, although my feet are heavy, as if plodding through a swamp. He pursues me, he gets closer, like a fighting cock he pecks at me, he pursues me, I am paralysed,

a plethora of painful sunbeams pierce my veins, he pursues me. The scorching sun is fuel for the fire that has been fed at night with sugar cane distillate. I, already overcome with exhaustion, feel his breath on the nape of my neck. The proximity of his body singes the small, bristling hairs on my arm.

I slip, my cheek touches the damp earth and I breathe the fresh air that smells of toasted caramel. The earth refreshes my heart that was on the verge of burning. I bring my body closer to this smooth mantle, as black as the cloudless night's sky, a murmur of roots lulls me to sleep and I see no way out. I sink my body into the ground, far from Federico Palacios, I fall below the earth.

Where:

It goes, everything goes,
down the hole in the earth
that enwraps my body,
my face goes, my gaze,
my gestures
drop

by

drop

I evaporate in tears.

My hands go,
my voice goes,

my breath goes
 everything goes.
 All that remains is the oblivion
 of a deep sleep.

Upon waking I feel rigid, my chest is tight and a heavy stillness
 spreads over me, I hear the beating of my heart in some faraway
 place, its murmur fades away and little by little the world falls
 silent.

Not a creeping plant
 A root
 But a stem embedded in the ground
 Not
 a feeble
 branch
 But a spear pointing skyward
 I make a torrent of a sap and syrup
 Sturdy
 internode
 and thick
 node
 Now
 I am
 sugar cane
 Sugar cane
 Girl

in a small crop on the banks of the river

There is a piercing silence, everything is dark, I am choking
 on my insipid drool, I cannot swallow, I cannot scream, I cannot
 cry, everything gets stuck or forks until it is lost in places that I
 am unfamiliar with, but that are mine.

A rainbow of lilac, red and white appears, a prism of lights
 awakens the green-leaf, the green-branch, the green-stalk,
 a calm red gives me energy, 'the sun' I think, as I feel a tingle,
 welcoming a new day.

The cosy feeling passes quickly, the red seeps through, it
 scorches me with its burning heat. I don't like this sun anymore.
 Before, I used to curl up in front of the window and feel the rays
 until the burning sensation made me get up. I feel that burning
 sensation, but I can't get up and my roots are dry. I smell salt and
 water in the distance, but I can't reach them.

The memory of the cold water of my friend Clara's shower
 passes through my branches; the drinking fountain with three
 spouts at the school entrance; the walks along the river with
 my mother, *oh, my mother*. I want to cry yet I don't cry, but the
 silence stalks me and in spite of so much heat the coldness of my
 solitude hits me.

Suddenly I smell something rotten, damp and nauseating
 approaching my roots. A fungus moves through the earth that
 surrounds me and I feel it stretching out to reach me, like the
 sweaty hands of Federico Palacios. This time there is no way out,
 the fungus gets closer, about to touch me, with a rush of disgust

I prepare to be rotted from the inside. Then the fungus stops, and a delicious salty smell reaches my stem, this delicate smell translates as *May I?* in my mind and I feel heard for the first time in this 'body'. My roots begin to dance in a conversation of toasted, sweet, earthy, salty and fresh smells. The fungus dances with me, it spins, it wraps me up, it embraces me, fresh water and salty minerals rise up through my stem. Suddenly I hear the murmur of my sugar cane sisters. They too are dancing with the spores and fungi. A salty feast flows through their roots, and the fungi, happy, like children, are fed by the sugar sent from our stems.

I do not know how long the dance lasts, but I do know what puts an end to it. Federico's steps reverberate through the sugar cane field, along with those of the labourers, who leave a chemical smell in their wake. My roots search, tortured, groping the ground with a still-human anguish, but there is no trace of the fungus, this chemical has killed it and the murmur of my sisters has ceased. Only my silent and desolate shadow remains, a stem that yearns to burn without leaving a ghost.